

# EL JURAMENTO

Querida amiga:

*No sabes cuánto me duelen tus palabras. He tenido una vida larga y buena. Aún así, en la recta final queda poco en mí de ley positiva humana. Las certezas de mi existencia tiemblan y se convierten en dudas ante el aliento cercano de la muerte. ¿La justicia que impartimos los hombres se equiparará a la justicia de Dios? Hoy que estoy tan próximo a la ley divina no sabría decirte si tu abuelo Alonso, mi gran amigo, tomó las decisiones correctas durante sus años de regidor. Si hablamos de la primera justicia a la que me he referido, creo que sí cumplió, a pesar de sus defectos y su inflexibilidad. Sobre la consulta que me realizas, como juez de paz en otro tiempo, te puedo decir que la autoridad judicial no puede intervenir en la exhumación del cadáver de Lucía, La Santera. Han pasado demasiados años y, aún así, no estaría justificada. Es una autorización que compete única y exclusivamente a sus familiares... Y a pesar de que todo sucedió hace tantos años, os habéis seguido odiando durante dos generaciones. El rencor solo trae autodestrucción. Como amigo sí te puedo asegurar una cosa. A veces temo que el dolor te haya hecho perder la razón. Nadie lo va a entender, hija mía, pues te quiero como a una hija, como a una nieta. Yo no puedo aceptar tus argumentos y, si por un casual llegara a comprenderlos, si atisbara una duda mínimamente razonable, estaría aterrado ante la ley divina a la que tendré que enfrentarme en breve. Deja estar a los muertos, Laura. Sé que es duro, pero debes afrontar con entereza las tragedias de la vida y pensar en las personas que te restan, en tus otros hijos que te necesitan. ¿Qué te puedo decir? Te debería decir que lo que me expones son conjeturas subjetivas de nefastas casualidades. Olvida esa idea absurda. Deja ir a los muertos, Laura. Déjalos marchar.*

\*\*\*

*Por favor, Silvia, no tires este papel. Léelo y tenlo en consideración. Sí. Soy yo otra vez, Laura. Siempre que te busco me esquivas y huyes de mí como si de una apestada se tratara. Cada vez que te llamo para intentar hablar contigo me cuelgas el teléfono. Escúchame, por favor. ¡Necesito que me escuches! ¿Acaso mi pobre hijo tiene la culpa de que su abuelo fuera terco y altivo, de que incumpliera su palabra por orgullo? ¡Sí! ¡Lo sé! ¡Lo sé todo! Tú también los*

*sabes. Por esta razón estuviste en litigio con mi abuelo hasta el fin de su vida y, aún hoy en día, cuando vas al cementerio a visitar a tu abuela Lucía, La Santera, la gente te ve escupir sobre su tumba. ¡Sí! Mi madre me lo confesó... Mi pobre niño, mi primogénito. Muerto. Su alma perdida, errante en un campo yermo. Cuando también encontraron a mi tío mayor Francisco, lívido, sin aliento, en el tronco hueco de ese maldito árbol en el que tantos niños se han escondido para jugar sin que les ocurriera nada, solo a él y años después a mi niño ¿cómo iba yo a saber que mi madre, obsesionada con Lucía estaba en lo cierto? Injuriaba contra ella, pero al mismo tiempo clamaba al cielo, suplicándola. En ese momento me contó la verdad y yo no le di crédito. Pero ahora... Otra vez... De nuevo otra vez... ¡Mi niño! ¡Mi pequeño! ¡La sangre de mi sangre! ¡Hoy estoy convencida, Silvia! ¡Lo sé! Y sé que mi niño está atrapado, perdido, sin descanso eterno. Estoy desesperada, loca. Me arranco los cabellos y me arañó el rostro hasta hacerme sangrar. ¿Quieres mi vida? ¡Te la doy gustosa y te la daría cuántas veces hiciera falta! Pero te lo ruego, te lo suplico. Tú también eres madre. ¡Ayúdame a salvar a mi hijo! ¡Solo a ti te corresponde! ¡Solo tú puedes poner fin a tanto daño! ¡Por favor! ¡Te lo imploro! Firma la autorización para exhumar los restos de tu abuela y enterrarla de la forma en que le fue jurada por mi abuelo. Mi marido se ocupará de preparar el ataúd. Aunque no me cree, está dispuesto a ocuparse de todo con tal de complacer a esta pobre loca. Si quieres que me humille, me humillaré e iré hasta tu casa para pedírtelo de rodillas. ¡Por favor, Silvia! ¡Por favor! ¡Ten piedad de esta madre que sufre lo que ningún ser humano ha sufrido!*

\*\*\*

**1920**

Aunque aún es pronto, el sol ya se ha rendido, extenuado. En las largas noches de invierno cuando el firmamento resplandece y hace demasiado frío como para que nieve, la helada bruñe la luna haciéndola relucir dura como un diamante. Los perros le ladran lastimeros como anunciando un mal presagio. El pueblo que circunda la iglesia se abraza al templo, tiritando. Una luz mortecina oscila a las afueras en dirección a la ermita de El Cristo, avanzando por un sendero de esbeltas cruces pétreas que marcan las estaciones del Viacrucis en Semana Santa. Las cruces rodean la cantera de granito que flanquea El Cristo. La luz del astro nocturno ilumina en la preciada cantera la formación rocosa conocida como La Casa de Dios y traspasa La Raja del Diablo. El viento es cruel como un niño. A la vez que juguetea distraído con la nieve de ayer, ahora

apelmazada, corta sin piedad el rostro de Lucía, *La Santera*, que camina por el sendero sosteniendo un candil de carburo.

La anciana es bajita y camina encorvada, como si los seres amados que ya han fallecido tiraran con impaciencia de su corazón cansado hacia la tierra para reencontrarse con ella. Su ropaje es negro. De su pañuelo sobresalen dos coletas de color gris acero cuya dureza contrasta con la dulzura del color oscuro de sus ojos, siempre humedecidos por lágrimas perpetuas. Todos han muerto y sus dos hijos han huido del hambre. Una vez al año consiguen reunir dinero para visitarla. *La Santera* está sola.

Lucía es tan inocente que las burlas de los chavales a su paso no le hacen daño. Es pobre. Muy pobre. Ha vivido y vive de las limosnas del cura por mantener limpio El Cristo, la ermita que dista medio kilómetro del pueblo. Ella es agradecida y ama tanto a su Cristo que no podría dejar pasar ni un solo día sin dejar de visitarlo dos veces, al alba y al crepúsculo. El Cristo es su vida y el corazón del pueblo. Las mujeres le presentan a sus hijos a los cuarenta días de haber nacido. Durante San Antón los hombres llevan los animales para que sean bendecidos. En el día de las aguas, en miércoles de Pascua, el pueblo se reúne allí al compás de tambores y gaitillas para comer hornazo y almendras garrapiñadas. Ese día, el magnífico esqueleto de la gran morera centenaria que precede y escolta la ermita y que hasta los más viejos siempre han conocido seca, borra su severo semblante, tocado en siniestras ramas gruesas, y retorna a la vida al son de la música y de los gritos de los niños que se esconden en el gran vacío del interior de su tronco, al que se accede por la parte superior como si de una cámara oculta se tratara. El destino del árbol centenario y el de Lucía están indisolublemente unidos. *La Santera* está segura de ello.

Unos pasos más y la anciana distingue la silueta del amenazante guardián de la ermita, siempre unos pasos al frente de ella. Es el único ser que no ha abandonado a *La Santera*. El único con el que puede contar a diario. Se detiene al lado del tronco y con su áspera mano acaricia el liso tronco que el paso del tiempo ha pulido. Lucía, jadeante, toma aliento y alza la cabeza hacia la copa cadavérica de la morera:

—Siento que ya no me quedan fuerzas. Presiento que me queda poco. ¿No oyes como aúllan los perros? Pero he sufrido tanto en la vida, he llorado tanto, que no tengo miedo. Tú nunca me has abandonado y sé que nunca lo harás. Don Alonso me lo ha prometido. ¡Él me lo ha jurado! Nos queda poco, mi único

compañero. Muy poco.

*La Santera* deja caer la mano y busca en el bolsillo de su faldón la llave del sacro lugar. La ermita es pequeña. Enciende unas velas y barre entre sombras. Cuando el viento hace penetrar en el interior del templo los ladridos de los perros, Lucía interrumpe su labor, sobresaltada, y se estremece. De repente tiritita, invadida por un frío súbito. Se siente observada. Los ojos de la Virgen que acompaña a la imagen de Jesús Redentor parece que la siguen. La contemplan desde siempre. Desde niña. Lucía no alberga maldad alguna. Es toda bondad e inocencia. La pobre vieja se sienta dando un suspiro, toma su rosario y reza. De tanta piedad, dos lágrimas de sangre ruedan por el rostro de la Virgen. *La Santera* interrumpe el rezo y le limpia el rostro con amor, como tantas otras veces ha hecho. Es su secreto.

—No llores Madre Mía...

\*\*\*

La apariencia del regidor del pueblo es imponente. Suele caminar a caballo con lentitud, con la prepotencia del que inflige daño y nunca lo ha sufrido. Le gusta que a su paso la gente incline la cabeza al saludarlo. No hay terreno en la villa que no sea suyo ni alma a la que no doblegue a su antojo. Ha trabajado mucho durante toda su vida, inflexible y cruel, para mantener íntegra la herencia de sus padres, de sus abuelos, de sus ancestros.

—Don Alonso... Lucía, *La Santera*, está en la puerta —lo interrumpe una de las sirvientas—, pide hablar con usted.

El regidor se remueve en la poltrona del escritorio con fastidio. Duda por un momento.

—Dile que pase.

Lucía entra en la estancia tímida y miedosa, como si de forma magnánima le hubieran concedido una solemne audiencia. Es la primera vez que entra en la casa del regidor.

—Buen día, Don Alonso —susurra en pie desde el centro de la estancia con la mirada baja. No sabe bien cómo empezar. Es inculta y torpe. No quiere ofender al regidor.

—Hola, Lucía. ¿Qué quieres? —responde Don Alonso, girándose hacia ella y clavando las espuelas de sus botas en la madera del escritorio.

—Señor... ¿Se acuerda del pasado San Antón, cuando llevó sus caballos a El Cristo para que fueran bendecidos? ¿Recuerda el juramento que me hizo?

El regidor da un gruñido. No le gusta que le recuerden las promesas y menos gente de la calaña de Lucía. ¿Qué sabrán ellos de honor? A Lucía le tiemblan las piernas.

—¿Lo del árbol seco?

—Sí, señor. La morera de delante de El Cristo. Don Alonso, se lo ruego. Sé que me queda poco. Todas las noches siento ladrar los perros a la luna y en mi casa el viento bate puertas y ventanas. En mi vida solo he conocido El Cristo y esa morera seca ha sido mi única compañera. Quiero irme tranquila... Podría asegurarme que el ataúd que me envuelva llegada mi hora estará hecho de su madera. Se lo ruego...

El regidor se pone en pie bruscamente. Sus ojos relampaguean de furia. Lucía da un paso hacia atrás, asustada.

—¿Que te prometa de nuevo? ¿Acaso no me lo hiciste jurar ese día? ¿Vienes a mi casa, a mi propia casa a insultarme, a decirme que no conozco el valor de un juramento, que pones en entredicho mi palabra?

Lucía se precipita hacia el regidor y se arroja al suelo de rodillas llorando, tomándole la mano y besándosela.

—¡Mi señor! ¡Mi señor!... no es eso. No me malinterprete... Soy tan torpe. Solo quería decirle que llega mi hora. Solo tuve miedo del olvido, no de su palabra...

Don Alonso aparta la mano hacia atrás violentamente y da la espalda a la anciana. Respira hondo intentando aplacar su ira.

—Retírate y no te preocupes, Lucía. Tienes mi palabra —reitera el juramento sin girarse hacia ella.

—Gracias... Gracias... Quede usted con Dios, mi señor... —susurra *La*

*Santera*, agradecida.

Lucía abandona la casa del regidor con los ojos llenos de alivio y alegría.

\*\*\*

Desde hace varios meses el Cristo pasa los días solo. La gran morera se antoja más lúgubre y huraña. Incluso en el día de hoy, miércoles de Pascua, se niega a relajar su semblante, obstinada. Ha terminado la misa y el templo ha quedado vacío. La gente del pueblo se ha reunido fuera al compás de tambores y gaitillas. A pesar de la música y los gritos de los niños la ermita parece triste.

El sacerdote ofrece unas almendras garrapiñadas al regidor.

—Don Alonso, qué pérdida más grande la muerte de Lucía. No encontraré a nadie con su dedicación y diligencia en el cuidado de la ermita.

Alonso se encoge de hombros con aparente indiferencia. En realidad ese día, como en los anteriores, no deja de tener en mente a *La Santera* y la incumplida promesa. En el fondo siente rabia porque el recuerdo de Lucía le hace ver al desnudo, de forma cruel y despiadada, la clase de hombre que es. Por eso la odia y la odia, siempre más profundamente. Pero se repite una y otra vez hasta convencerse:

—Tengo realmente asuntos graves de los que preocuparme. No tengo tiempo para antojos. ¿Qué saben los demás de honor? El honor está circunscrito a los de mi alcurnia y solo ellos pueden apelar a él. ¿Quién es *La Santera* para hacerme exigencias incluso desde ultratumba con su recuerdo?

Don Alonso, malhumorado, se aparta del sacerdote. Quiere estar solo. Penetra en la ermita. Se sienta entre las sombras de los cirios frente a Jesús Redentor, atormentado, acosado por la evocación de Lucía con la cabeza entre las manos. Sopesa largamente sus actos y una voz interior le susurra sin cesar que se equivoca. La cólera irrumpe en toda su alma como un torrente, anegándola. Se pone en pie bruscamente y la soberbia le hace clamar con fiereza:

—¡Maldita Santera! ¡No! Su voz retumba en el altar. Después silencio. Un frío repentino le invade y se frota los brazos con las manos. Su respiración exhala vaho. El subconsciente de Don Alonso, como un centinela ancestral e

innato, le hace buscar con la vista la presunción sobrenatural que parece que le rodea. Siente que dos ojos le observan. Gira su mirada a la derecha de Jesús Redentor buscando el origen del súbito desasosiego y se enfrenta a los ojos de la Virgen que le dejan prendado, como si tuvieran una insólita vida. De repente, dos lágrimas de sangre se desprenden de ellos y ruedan. ¡No es posible! Don Alonso se precipita hacia La Madre, sobrecogido. Pasa su mano por las mejillas sagradas dejando un borrón rojo en el inmaculado rostro. Tiembla. Retrocede sin dar la espalda al altar hasta salir de la iglesia. Corre hacia su caballo y montando de un salto parte violentamente a galope tendido. Los vecinos del pueblo se apartan para no ser embestidos y lo contemplan partir, atónitos. Espolea y espolea su caballo, enfurecido, loco de ira y de rabia. Corre. Vuela. Los costados de la bestia chorrean sangre. Don Alonso jadea, desbocado. El animal comienza a echar espumarajos por la boca hasta que cae reventado en tierra, derribando a su jinete. El regidor se levanta y avanza hasta el caballo que relincha de dolor, destrozado por dentro. Don Alonso echa mano de su revólver y dispara a la cabeza del corcel sin que le tiemble el pulso. Alza la vista al cielo y grita:

—¡No! ¡Ni por mi vida ni por mi alma! ¡Ni por la vida ni por el alma de mis hijos, ni de los hijos de mis hijos!